

Dr. AMÉRICO RICALDONI

75 años de su fallecimiento

6 de julio 1928 – 2003

Se cumplen 75 años de la muerte de uno de los Maestros más gloriosos de la Medicina uruguaya, el Profesor Américo Ricaldoni. A la vez que homenajear su figura y sus realizaciones más relevantes, es oportuno señalar algunos de sus rasgos biográficos, y jerarquizar la magnitud de su personalidad médica, universitaria, científica y pedagógica. Y la prolongación hasta hoy de la Escuela de Neurología que inició, con la fundación del Instituto que hoy lleva su nombre.

RASGOS BIOGRÁFICOS

Ha dicho Fernando Mañé Garzón ¹ que Ricaldoni fue el continuador indiscutido de Pedro Visca, su maestro. Su gestión ya desde la cátedra, ya desde el decanato, lo destacan desde su juvenil acceso al profesorado como una de las mayores glorias de nuestra medicina. Nació en Montevideo el 21 de abril de 1867. Fueron sus padres don Pedro Ricaldoni, distinguido educador que fundara y dirigiera el Colegio Nacional de enseñanza primaria y doña Filomena Saroldi, ambos de origen italiano. En ese Instituto, por donde pasan muchos futuros profesionales, aprende y enseña Américo Ricaldoni. ² Ingresa a la Facultad de Medicina en 1884 (CON 17 AÑOS), siendo en 1888 alumno interno de la Cátedra de Clínica Médica de Pedro Visca. Colabora estrechamente en ella como alumno interno, doctorándose en 1890. Es nombrado ese mismo año (CON 23 AÑOS) profesor de Terapéutica, lo que levanta grandes resistencias debido a su extrema juventud. En 1899 (TIENE 32 AÑOS), sustituyendo a Francisco Soca, ocupa la cátedra de Patología Interna. En 1901 viaja a Europa por algunos meses, tomando contacto con las Clínicas de París, particularmente en la Salpêtrière. ³ Luego de dictar cursos clínicos y desempeñar interinamente la Cátedra de Clínica Médica es designado profesor de la tercera Cátedra de Clínica Médica en 1907 (TIENE 40 AÑOS), sucediendo luego, en 1912 (47 AÑOS), a su maestro. Tiene descollante actuación en la actividad médica, como docente de esmerada formación y talento, como investigador clínico y como dirigente universitario, desempeñando el Decanato en dos períodos entre 1915-1918 y 1918-1921^{4, 5}, aportando numerosas y perdurables iniciativas. Profesor de Clínica Neurológica desde 1925, luego de denodados esfuerzos logra la creación del Instituto de Neurología en 1927, del que ocupa su dirección, falleciendo lamentablemente el 6 de julio de 1928. Una de sus más caracterizadas semblanzas la debemos a Rodolfo V.Talice, uno de sus discípulos, que la publicó en Francia en 1930. Por él sabemos de su trayectoria profesional y docente, de los vínculos internacionales que supo desarrollar, y de la enfermedad que acabó con su vida.⁶ “Enfermo, agotado, casi sin voz (a raíz de una laringitis tuberculosa), Ricaldoni, el Maestro insuperable, continúa sus clases sin desfallecer. Obligado por el dolor a confiarse a un colega, no duda en escoger al joven especialista que había elegido para asistir a los enfermos de su clínica: el doctor Elías Regules (h). Semanas más tarde se sometió voluntariamente

¹ MAÑÉ GARZÓN, Fernando: PEDRO VISCA, fundador de la Clínica Médica en el Uruguay, Tomo II, pág. 63.

² HERRERA RAMOS, Fernando y GORLERO BACIGALUPI, Rubén: Américo Ricaldoni (1867 – 1928) en Médicos Uruguayos Ejemplares, de Horacio Gutiérrez Blanco, La Prensa Médica Argentina, Buenos Aires, 1988. Tomo I, pág. 36.

³ MAÑÉ GARZÓN, Fernando: Obra citada, Tomo II, pág. 189: “Américo Ricaldoni viajó a Europa en 1901, permaneciendo también algunos meses, recorriendo y visitando diversos servicios particularmente el de neurología del Hospital de la Salpêtrière.”

⁴ RICALDONI, Américo: Memoria de la Facultad de Medicina 1918-1921, Imprenta Nacional, 1922, pág. III.

⁵ BRITO FORESTI, Carlos: Anales de la Facultad de Medicina, Tomo XIV, No. 7, julio de 1929, pág. 668.

⁶ TALICE, Rodolfo V. Le professeur Ricaldoni (1930), en Mañé Garzón, Fernando: op. Citada, Tomo II, pág. 65.

(bajo anestesia local) a una operación paliativa (sección del nervio laríngeo superior) para calmar sus atroces sufrimientos. Ese día Ricaldoni, solo, sin ruido (como acostumbraba) llega al hospital, entra en la policlínica y se acuesta sobre la mesa común de operaciones. Terminada la intervención, silencioso, abandona el Servicio para ir a asistir a sus pacientes en la ciudad. Siempre con aquella sonrisa que nunca lo abandonaba, escondió hasta el fin su drama interior.”

Tomamos de Carlos Brito Foresti, la reconstrucción de su biografía, publicada en el número de Anales de la Facultad de Medicina, que rindió justo homenaje, en ocasión del primer aniversario de la pérdida del Maestro.⁷

Ricaldoni nació el 21 de Abril de 1867 en la calle Buenos Aires entre las antiguas calles de Cámaras e Ituzaingó, siendo bautizado en la Metropolitana, en Abril de 1868. A los cinco años empezó a ir a la escuela, siendo muy reacio en concurrir en los primeros días, pero no pasó mucho tiempo en tomar afición al estudio y en pocos meses aprendió a leer y conocer perfectamente las cuatro operaciones elementales de aritmética. Sus estudios iniciales fueron realizados en el Instituto Nacional que dirigía su señor padre, y que se hallaba ubicado en las calles 18 de Julio y Yaro donde actualmente se halla la Universidad. Los que lo conocieron entonces pudieron apreciar el desarrollo precoz de su inteligencia que le permitió desplegar en él las facultades de observador que poseyó más tarde en un grado superior.

A los 17 años ingresó a la Facultad de Medicina y se reveló siempre como un trabajador infatigable destacándose entre sus compañeros y haciéndose distinguir por sus profesores.

Fue un estudiante modelo, distinguiéndose desde la iniciación de su carrera por su inteligencia precoz, por el amor al trabajo y por el riguroso método que empleaba en sus estudios, granjeándose así lógicamente, la estima y el elogio de sus profesores. Fue alumno interno de las clínicas médica y quirúrgica dictadas por los profesores Pedro Visca y José Pugnalin, en el Hospital Maciel.⁸

En Marzo 1º de 1890, terminaba sus estudios graduándose en el Doctorado de Medicina y Ciencia.

Dictaba interinamente el curso de Terapéutica el doctor Heguy.

Se llamó a concurso para proveerlo en propiedad presentándose como único aspirante el doctor Ricaldoni. Por las leyes vigentes, siguió ocupando el cargo el doctor Heguy, llamándose nuevamente a concurso de oposición, siendo en él, uno de los aspirantes el doctor Ricaldoni.

El Decanato en aquel entonces era desempeñado por el doctor Elías Regules, formando parte del Consejo el doctor Carafí, que acababa de ejercer el Decanato de la Facultad y nuestro distinguido profesor, el doctor Scosería. Es a la batalla librada entre éste y el resto del Consejo que el doctor Ricaldoni, - a pesar de que el ex decano, doctor Carafí, decía al doctor Scosería, - que la Facultad no debía ser un Asilo Maternal, refiriéndose a la juventud del doctor Ricaldoni, - ingresó éste por primera vez a la Facultad para regentar el aula de Terapéutica.

Sus lecciones fueron tan notables desde su iniciación que a los tres meses, el mismo doctor Carafí tenía ocasión de manifestárselo así al doctor Scosería, con la frase siguiente: “el jovencito vale!”.

Al doctor Scosería debe la Facultad de Medicina haber contado entre sus profesores a su más eminente representante.

⁷ BRITO FORESTI, Carlos: Anales de la Facultad de Medicina, Tomo XIV, No. 7, julio de 1929, págs. 665-671

⁸ BRITO FORESTI, Carlos: Anales de la Facultad de Medicina, Tomo XIV, No. 7, julio de 1929, págs. 947-948

El 30 de Junio de 1900 es nombrado profesor de Patología interna, desplegando las mismas cualidades intelectuales. Ocupa ese cargo durante doce años.

Los que asistimos a su curso del año 1909 y parte del año 1910, recordamos siempre al modelo de maestro. Sus brillantes lecciones, ordenadas maravillosamente quedan hasta hoy insuperables.

Su magnífico tratado sobre "Lesiones y Enfermedades del Hígado", publicadas en un volumen de 600 páginas en 1904, en momentos en que la patología hepática se hallaba en plena revisión, pone de manifiesto un cerebro privilegiado, privilegiado como ciencia, privilegiado como pedagogo.

Llega un momento, en el año 1907 en que a la vez que la cátedra de Patología Interna pasa a sustituir temporalmente – y a propuesta del entonces Decano, el reputado profesor doctor Augusto Turenne – en su clínica médica, al talentoso profesor doctor Pedro Visca del que fuera su discípulo predilecto y luego en 1912 por el fallecimiento de este eminente clínico, es designado para regentar dicha clínica en propiedad.⁹

En 1912, fue designado Profesor de Clínica Médica; si en teoría fue inimitable, en la práctica demostró poseer un espíritu de observación sublime. Con una minuciosidad en el interrogatorio, con su bien disciplinada y sólida semiología, exponía a sus alumnos la observación clínica completa, en esas improvisaciones brillantes que constituían la principal atracción de su enseñanza.

En el año 1925, creada la Clínica de Enfermedades Nerviosas, el doctor Ricaldoni es trasladado en propiedad a la regencia de dicha cátedra.

En 18 de Noviembre de 1926 fue designado para el cargo de director y profesor del Instituto de Neurología. La Memoria de ese Instituto del año 1927, es un ejemplo de esa laboriosidad incansable, y señala siempre al mismo clínico erudito arrojando siempre enseñanzas profundas y provechosas.

REALIZACIONES DE SUS DOS DECANATOS

El 5 de Febrero de 1915 fue designado por el voto unánime del Consejo, Decano de la Facultad de Medicina, tomando posesión del cargo al mes siguiente; fue reelecto en dicho cargo también por unanimidad de votos el 15 de Febrero de 1918. Durante su decanato se llevaron a cabo una infinidad de grandes iniciativas que contribuyeron al progreso de nuestra primera institución médica.

Cabe señalar entre éstas:

- 1º. Los cursos y conferencias libres, anticipándose de esta manera en cuatro años a la sanción de la ley de cátedras libres.
- 2º. Pugnó, por la creación de la Escuela de Medicina Experimental; hizo su reglamentación. Fue sancionada y convertida en ley que no pudo funcionar por falta de recursos. El Parlamento acaba de promulgar una ley que por gestiones del actual decano, doctor Navarro, había sido sometida a ese alto cuerpo.
- 3º. Estableció los concursos de tesis.
- 4º. Reglamentó el otorgamiento de las becas anuales mediante concursos.
- 5º. Fue ardiente defensor del internado y externado cuya reglamentación proyectó y que no pudo llevarse a la práctica.
- 6º. Amplió la reglamentación de los profesores agregados, concebida la creación 20 años antes por el doctor Navarro.
- 7º. Reorganización de la biblioteca enriqueciéndola con numerosos volúmenes y dotándola de un catálogo de obras y tesis inexistentes hasta esa fecha.

⁹ BRITO FORESTI, Carlos: Anales de la Facultad de Medicina, Tomo XIV, No. 7, pág. 950.

- 8º. Reorganización de las Escuelas de Odontología y Farmacia anexas a la Facultad, actualmente independizadas.
- 9º. Intercambio de profesores con las facultades de la Argentina y Chile.
10. Creación de la Revista "Anales de la Facultad de Medicina" en colaboración con el doctor Manuel Quintela.
11. Realización de las conferencias literarias musicales en la Facultad como gran factor de cultura.
12. Reglamentación del juramento de graduados.
13. Reglamentación de los cargos de ayudantes auxiliares y asistentes de cursos por concurso de oposición.
14. Reglamentación del título de otorgamiento de profesores honorarios de la Facultad.
15. Reglamentación y creación de los cargos de los profesores de clínica adjuntos.
16. Proyecto de creación de la Academia de Medicina que dejó establecida en los Estatutos de la Facultad al finalizar su segundo período legal del decanato.
17. Reglamentación de las reuniones anuales del profesorado como cuerpo asesor del Consejo Directivo.
18. Gestionó la composición y el dibujo del modelo destinado al Sello oficial de la Facultad, creación del escultor italiano Leonardo Bistolfi.¹⁰
19. Creación del Laboratorio de Fármaco-Fitología y Jardín de Plantas Medicinales.¹¹
20. Realización de una Reunión Internacional de Pedagogía Médica, en el marco de los Congresos internacionales, para estudiar todo lo que se relaciona con la enseñanza y el intercambio médicos en América.¹²

Sobre el "Juramento de los graduandos", veamos lo que nos relata este discípulo dilecto:¹³

Deseaba además hacer más frecuentes e íntimas las relaciones entre las autoridades y profesores de la Facultad por una parte, y los estudiantes que a ella concurren, por otra. Quería siempre un contacto cordial con los estudiantes; así lo había hecho ya reservando a ellos en los Anales de la Facultad, la "Página de los estudiantes". Y este contacto cordial debía existir hasta el último instante de la vida universitaria. No creyó superfluo volver a ceremonias antiguas implantando el "Juramento de los graduados".

He aquí sus palabras: ***"La partida en silencio es cómoda, es "práctica", pero es profundamente desalentadora. Se ingresa a la Facultad con fiebre, con entusiasmo; la novedad del ambiente, la curiosidad exaltada hasta el paroxismo, los misterios que van a revelarse, son esos momentos fuentes de múltiples y grandes emociones; pero se llega al fin y todo es seco y frío... Es que se abandona quizás el templo de la desesperanza? No, no es así, y porque no lo es, se justifica la fiesta solemne de la Colación de***

¹⁰ RICALDONI, Américo: Memoria de la Facultad de Medicina 1918-1921, pág. 52-53, Imprenta Nacional, 1922.

¹¹ RICALDONI, Américo: Memoria de la Facultad de Medicina 1918-1921, pág. 151-163, Imprenta Nacional, 1922.

¹² RICALDONI, Américo: Memoria de la Facultad de Medicina 1918-1921, pág. XX, Imprenta Nacional, 1922.

¹³ BRITO FORESTI, Carlos: Anales de la Facultad de Medicina, Tomo XIV, No. 7, julio de 1929, pág. 956.

grados, de la que me pareció complemento indispensable el "Juramento de los graduados" que, en fórmulas breves pero categóricas, recuerda precisamente aquellas leyes de la probidad y del honor".

EL INSTITUTO DE RADIOLOGÍA

La iniciativa de la fundación e instalación en nuestro país del Instituto de Radiología, es debida en primer término a Ricaldoni, quien en su carácter de consejero esbozó tal propósito al entonces Decano el ilustre doctor Manuel Quintela, el que conociendo ya la buena acogida que tendría ante los Poderes Públicos, llevó al seno del Consejo esa iniciativa. El Consejo prestó su cooperación entusiasta iniciándose de inmediato las gestiones pertinentes a la adquisición en Europa de medio gramo de radium, y la fundación al mismo tiempo del Instituto de Radiología, dependiente de la Facultad. Consecuente con lo manifestado por Ricaldoni, el Poder Ejecutivo prestó el mayor apoyo a esa gestión, patrocinándola ante el Cuerpo Legislativo el que poco tiempo después, el 20 de diciembre de 1912, sancionaba la ley destinando \$ 60.000 para la instalación del Instituto. El Uruguay debe a Ricaldoni, ser el primer país Sudamericano que contó con tan precioso agente terapéutico.¹⁴

SU PERSONALIDAD CIENTÍFICA Y CLÍNICA

Discípulo dilecto de Pedro Visca, le sucede en la Cátedra de Clínica Médica.¹⁵ En 1907 el Decano Turenne, reconociendo el esforzado talento del discípulo dilecto de Pedro Visca, Américo Ricaldoni, propone la creación de una tercera cátedra de Clínica Médica, lo que es inmediatamente aceptado por el Rector y el Consejo Universitario, dado que ello no implicaba ninguna erogación presupuestal. Pedro Visca estaba con larga licencia por razones de salud, y Francisco Soca que ocupaba la segunda cátedra de Clínica Médica lo hacía honorariamente dado que no podía desempeñarla en forma rentada por ocupar en ese momento una banca en el Senado de la República, conservando la cátedra en propiedad, pero en forma honoraria. Tócale inaugurar con el nombre del Maestro la Sala Larrañaga, en una pieza que bien comprende la síntesis del trabajo clínico y el método pedagógico de aquella figura señera.¹⁶ Dice entonces:

¿Es preciso agregar que un hombre de tales cualidades debía necesariamente hablar a nuestros sentimientos con tanta nobleza como a nuestra inteligencia? Efectivamente, con su presencia en esta clínica, Visca nos traía continuamente un ejemplo de una honestidad profesional sin tachas, de una infinita benevolencia, de una suprema tolerancia. Era una página viviente de deontología médica, en la

¹⁴ BRITO FORESTI, Carlos: Anales de la Facultad de Medicina, Tomo XIV, No. 7, julio de 1929, pág. 952.

¹⁵ MAÑÉ GARZÓN, Fernando: Op. Citada, pág. 48

¹⁶ MAÑÉ GARZÓN, Fernando: Op. Citada, pág. 234.

cual se podían leer con caracteres de una insuperable nitidez, los preceptos del decálogo al que todos nosotros en todo momento nos debemos someter. En las horas oscuras de nuestro batallar, cuando la laxitud o el cansancio, la fiebre o la pena, llegan a desorientar nuestros sentimientos, su recuerdo ha de servirnos seguramente, para hallar la manera pronta y eficaz de serenar en nosotros las dolorosas ansias, las abrasantes dudas...

Y ahora, señores, que, en la medida de mis fuerzas, he cumplido con el deber de hacer revivir el espíritu de Visca en esta Sala, que fue y será siempre la suya, y ahora que he intentado iluminarme en mi camino con gratos resplandores, estudiado el surco dejado por él, lo mismo que sus desfallecimientos; ahora, señores; reanudemos, si os place, la tarea.

De Ricaldoni ha dicho Juan B. Morelli, en el homenaje que le tributara en su clínica:¹⁷

Espíritu analítico y sintético a un tiempo, sabía escudriñar a los enfermos como pocos. Por su paciente y metódica investigación iban surgiendo los síntomas claramente, sin confusión posible. Ante su examen, los síntomas se revestían de una claridad tan esquemática, tan luminosa, que, por ello fue (dicho sea de paso), un Maestro insuperable de semiología.

Pero, una vez conseguido todo ese sólido material capaz de resistir a cualquier empuje, comenzaba el trabajo constructivo; y es aquí que se revelaba su talento de síntesis, de clínico consumado. Infundiendo la intensa vida de su espíritu a los diferentes elementos sintomáticos y anamnésicos que acababa de penetrar tan íntimamente, con su trabajo de concienzuda disección, animaba a todos esos materiales que parecían, bajo el influjo de sus juicios condensados y terminantes, disponerse por ellos mismos en armónico conjunto que no tardaba en verse coronado, naturalmente, casi forzosamente diría, por el diagnóstico exacto.

Va a ser difícil encontrar un maestro que sepa descubrir y estudiar un síntoma como Ricaldoni, y que sea luego capaz de una amplia mirada sobre el conjunto del cuadro como él sabía hacerlo.

Enamorado de la medicina, esclavo de su deber, descuidó por un esfuerzo de la voluntad, otros estudios que sin embargo le atraían. Todo el tiempo le era insuficiente para poder dominar la difícil y absorbente ciencia de la medicina y el maravilloso arte de curar.

En su enseñanza, en sus diagnósticos y en su palabra, nada había que fuese improvisado. Nada salía de sus labios que no fuese el fruto de una larga meditación; algunas pocas palabras dichas escultóricamente, era generalmente el fruto de un intenso trabajo lógico al cual se había entregado con todas sus energías y con todo el tesoro de su sólida erudición. Nada de lo que decía era superfluo, y una vez emitida una opinión, ésta era tenazmente sostenida con una invariabilidad inquebrantable, hija de un sólido conocimiento.

La misma perfección, la misma conciencia, desplegaba en todas sus actividades. Todos recuerdan la dedicación con que atendió el Decanato en los años en que desempeñara ese alto cargo. Sacrificando a menudo no sus enfermos, pero sí la extensión de su clientela, sacrificando sus distracciones, su descanso, fue verdaderamente infatigable en la dirección de la Facultad de Medicina. Uno de los primeros en llegar y uno de los últimos en abandonar las oficinas, se había entregado en cuerpo y alma al engranaje reglamentario, estudiando todas las cuestiones, ninguna de las cuales lo dejaban indiferente, vigilando todos los complicados rodajes de la Facultad, dejando en todas partes, y en todos los momentos, las huellas de su enorme y metódica laboriosidad.

¹⁷ MORELLI, Juan B.: Anales de la Facultad de Medicina. Tomo XIV, No. 7, julio de 1929, págs. 855-863.

A este respecto cómo no puntualizar su acción en los *ANALES DE LA FACULTAD DE MEDICINA*, por él fundados y que amó con toda intensidad y que vigorizó con todos los cuidados de un padre para con el hijo querido, fruto de su sangre, al que sabe destinado a cumplir una misión grande, una misión esperada.

Director en jefe, vigilaba todos los resortes del novel órgano. Composición, tirada, grabados, todo pasaba por sus manos y muchas alboradas del día lo sorprendieron inclinado sobre un papel, corrigiendo las pruebas de imprenta, traduciendo un artículo escrito en lengua extranjera o sosteniendo la enorme y variada correspondencia que apareja la vida de un periódico.

Como médico conquistó una situación única en el país. El profesor Scremini dijo ya, con palabras de admiración, su intervención generalmente decisiva, cómo su palabra era luminosa y convincente para aquellos que lo escuchaban. Pero además de su ciencia sabía desplegar en la asistencia de sus enfermos un tesoro de cariño, de atenciones, de delicadezas, unido a un tacto invariable de todos los momentos que bien pronto lo hacían considerar, por parte de la familia, como un elemento decisivo y precioso, no sólo en la lucha contra la enfermedad, sino también en la tan valiosa asistencia sentimental del enfermo.

En sin número de hogares reina hoy la desolación ante la pérdida del profesional incomparable, hacia el cual se tendían las miradas y la esperanza en los momentos de angustia y de dolor.

En edad bien temprana debía conocer el joven Ricardoni la voz del deber y a este deber debía sacrificar las horas de distracción; las horas de descanso también. Hijo de un eminente educacionista, que demostró tener más ciencia y corazón que espíritu comercial, se vio obligado, ante el requerimiento paterno, a formar, adolescente, entre los maestros de ese Instituto Nacional al que tanto debió la cultura del país. Enseñante del Instituto y estudiante universitario a un tiempo vio transcurrir los años de su juventud sin distracciones, sin vacaciones. Se puede decir que Ricardoni no conoció la juventud. Fue precozmente un hombre con todas las condiciones, con todas las virtudes, pero también con todos los dolores de los hombres. Pero en medio de su tristeza conservaba intacto un espíritu enamorado de todo lo bueno y de todo lo bello y una sed inextinguible de saber.

Amó tanto su carrera, sintió tanto la dignidad de su profesión que no toleraba irregularidades de parte de ningún compañero, y las pocas veces que se le oyó condenar a un colega era porque olvidara los principios de moral que deben seguir los iniciados de la Medicina.

Todas las contrariedades, todas las injusticias las soportaba con altura, su alma estaba exenta de odios, a lo más la sorpresa dolorida, o hasta la conmiseración, despertaban en él los ataques y las envidias.

Amaba con profundo cariño la pléyade estudiantil. En medio de sus alumnos se sentía como en una segunda familia; y su amor a la enseñanza era, en gran parte, fundada en el sentimiento de bien espiritual que repartía frecuente y generosamente a sus discípulos. Todo le interesaba de lo que concernía a los estudiantes, con afecto de padre vigilaba y dirigía todo el rodaje didáctico del Instituto.

Era con verdadera ternura que tomaba en cuenta la vida y las aspiraciones de los estudiantes.-

"Desearía, me decía un día, que estos pobres no tuvieran que pasar por los dolores y las dificultades que a mí me tocaron". si para alguno puede haberse excedido en este terreno nadie puede atribuir, a un deseo de popularidad mal adquirida, lo que fue siempre en él manifestación ingenua de sentimientos purísimos.

Bajo una apariencia fría y medida se ocultaba un alma sensible y pronta a vibrar al unísono con todas las armonías espirituales. Es necesario haber podido penetrar en la intimidad de ese corazón para ver cómo se entusiasmaba ante todas las fases sentimentales de la vida humana; desde sus primeros escritos

juveniles trascienden esos entusiasmos y vibraciones que alcanzan a veces a presentar contornos de hermoso lirismo. Nunca permaneció indiferente ante los grandes sucesos trascendentales que agitaban la humanidad. Era cosa que sorprendía a aquellos que no conocían más que la superficie de su alma descubrir un tesoro de sentimientos que él ocultaba celosamente por temor a las profanaciones de la burla o de la incompreensión extraña.

En sus relaciones con sus clientes fue un intachable caballero, en sus relaciones con sus colegas un irreprochable compañero y en la vida de la cátedra un maestro perfecto en toda la extensión de la palabra.

En todos los momentos y en todas sus acciones se podía descubrir la orientación hacia un ideal, y todos esos ideales que tanto amó, que abrazó con invariable fe y que practicó con inquebrantable firmeza se habían hecho carne en él. De tal manera que a los ideales que él recibiera agregó con su vida un nuevo elemento ideal que vosotros estudiantes, debéis recoger con respeto y decisión, y que nosotros debemos tener siempre como luminoso ejemplo a seguir.

Decía el doctor Mario Ponce de León, en representación del Consejo Nacional de Higiene: ¹⁸

En los diversos Congresos científicos realizados en nuestro país y en el extranjero, desempeñó siempre un rol destacadísimo. Vasta tarea sería el señalar toda su actuación. Sólo quiero recordar su magnífica iniciativa planteada en 1918 en el Congreso de Higiene de Río de Janeiro, tendiente a la publicación de un Tratado de Patología Sudamericana, con la colaboración de todos los países de esta parte del nuevo mundo. Idea soberbia, que permitirá a breve plazo obtener cuantiosos beneficios en el mejoramiento del estado sanitario de estas jóvenes Repúblicas!

El profesor Pablo Scremini, en el primer aniversario de la muerte de Ricaldoni, decía: ¹⁹

Lo que Ricaldoni ha sido, lo que la Facultad le debe, el brillo que sobre ella y sobre el país reflejó su enseñanza cumplida sobre todo en la cátedra de Clínica Médica, donde pasó la mayor parte de su vida docente, no se repetirá nunca demasiado. Es que pocas veces es dable encontrar un profesor y un médico tan completos, en que se aunaran tantas brillantes cualidades, conocimiento profundo de toda la Patología, dominio absoluto de la Clínica, maravilloso don de exposición. Era un sabio y un artista, reuniendo así las dos condiciones que Trousseau exigía para ser un gran Profesor de Clínica, y *lo fue!*

Algo más y muy fundamental le debe la medicina nacional a Ricaldoni: el haber predicado que la Facultad no cumple con su cometido si se limita a instruir, sino que también debe educar y así escribía:

"La Facultad no debe predicar sólo una ciencia médica, sino también una moral médica. Estudiar la técnica médica es fundamental, pero lo es también educar los sentimientos, tendiendo a que el médico luzca en su alma las cualidades más nobles y más bellas."

"Hacer respetable la investidura que se lleva es honrarse a sí mismo".

¹⁸ PONCE DE LEÓN, Mario: Anales de la Facultad de Medicina, Tomo XIV, No. 7, julio 1929, pág. 844.

¹⁹ SCREMINI, Pablo: Anales de la Facultad de Medicina, Tomo XIV, No. 7, julio de 1929, pág. 933.

Ya manifestaba, el Dr. Santín Carlos Rossi, en el homenaje rendido por la Cámara de Representantes:²⁰

Pocas veces es dable a las generaciones contener en su seno a un hombre completo, tipo Renacimiento, de esos para quienes se escribió el verso inmenso de Terencio, o esos que Paul Valery gustó simbolizar en el más representativo de todos ellos, Leonardo el Formidable.

Ricaldoni era de esa raza; pero con una característica extraordinaria, y es que lo fue en su medio y con un método que es socialmente ventajoso destacar. No surgió, en efecto, como un predestinado de la Historia en un ambiente heroico evocado por las sugerencias contemporáneas en pleno cráter de misticismo. No tuvo tampoco la espontaneidad sin mérito de los genios, que brotan de la vida sin explicación y que aunque dejen obra no dejan ejemplo; no: apareció como todos nosotros en un ambiente equilibrado y trivial y se formó en el yunque del esfuerzo propio y tesonero, poniendo cada día una nueva hilada al edificio en construcción de su noble personalidad, trabajando con materiales al alcance de todos, y para combinar armoniosamente los cuales no tuvo que salir ni del país ni de sí mismo.

La biografía de Ricaldoni es inmensa en gallardía y rica en matices. Pudo decirse de él que fue un médico modelo, un profesor riguroso, un maestro insuperable, un ciudadano eminente. Soca, que no prodigaba el elogio, acaso porque su propia grandeza le hacía ver como triviales todas las excelsitudes, le llamó un día el impecable.

UNA CLASE DE RICALDONI

Isidro Más de Ayala²¹ ha descrito con precisión el ambiente del Instituto de Neurología, en tiempos de su Fundador, mostrándonos cómo elaboraba la presentación de sus enfermos, así como la actitud que guardaba respecto de ellos:²²

Siendo, pues, tan intensos su avidez y su irradiación de ciencia, ¿qué tiene de extraño que todos los jueves antes de la hora 11 estuviera ya repleto de profesores y estudiantes el salón de clases del Instituto de Neurología? – Próximo a esa hora se veía entrar al Maestro al Hospital, por la puerta de la calle Maciel. Por el corredor paralelo a la Sala Pedro Visca avanzaba, y lo hacía tan quedo y cautelosamente como buscando pasar inadvertido, cohibido por el renombre que a su pesar llevaba auestas. Llegaba así a la Sala y mientras vestía su túnica blanca siempre grande, y ponía en su cabeza aquel gorrito blanco que tenía la rara virtud de quedarle siempre mal, prolongaba en conversaciones amables el instante de comenzar la clase. Parecía como que en un último temor de no poder satisfacer la expectativa de aquel contingente numeroso de estudiantes que aguardaban su palabra, el Maestro retardaba voluntariamente el momento de entrar en la brega. Hasta que llevando en sus manos apuntes y notas que le servirían para la clase, avanzaba hasta el pupitre, acompañado de los enfermos que mostraría ese día.

²⁰ ROSSI, Santín Carlos: Anales de la Facultad de Medicina, Tomo XIV, No. 7, julio de 1929, pág. 715

²¹ MAS DE AYALA, Isidro: Médico psiquiatra, escritor, publicista, autor de libros de texto de Química para Enseñanza Secundaria, discípulo de Ricaldoni. Durante décadas colaboró con sus artículos en el vespertino “El Plata”. Es autor de varios libros, entre otros: *Cuadros del Hospital (1926)*, *Infancia, Adolescencia, Juventud (1938)*, *El loco que yo maté (1941)*, *Porqué se enloquece la gente (1944)* *Psiquis y Soma (1947)*, *El inimitable Fidel González (1947)*, *Leer es partir un poco (1954)* y *Montevideo y su Cerro (1956)*, entre otros.

²² MAS DE AYALA, Isidro: El Maestro en la Cátedra: Escuchando una clase de Ricaldoni en el Instituto de Neurología. Anales de la Facultad de Medicina. Tomo XIV, No. 7, julio de 1929, pág. 683-693.

Con ser grande su sabiduría y su experiencia, nunca dejó librado el Maestro a los azares de una improvisación los motivos de sus disertaciones. La grave responsabilidad con que cumplía su magisterio le hubiera hecho ver como una falta imperdonable no preparar maduramente sus conferencias. Por respeto a su auditorio y a su Clínica no ocultaba la labor paciente de varios días que vertía en sus clases. Hubiérale sido fácil improvisar. Pero no hubiera podido después arrancar de su pecho la espina del pecado capital cometido. Cuando llevaba el enfermo a la conferencia, ya estaba en posesión de todos sus secretos clínicos. En las mañanas anteriores, durante horas enteras, había paseado por toda su piel el trocito sutil de algodón y los tubitos caliente y frío. Había golpeado sus tendones con el pequeño martillo aquel y dejado en sus tegumentos las rayas del alfiler de gancho. Ante los ojos de quienes acompañaban entonces al Maestro se desarrollaba una elocuente lección de Semiología. Y es que pacientemente, detalladamente, como un hornero hace su nido o un alfarero sus mayólicas, el Maestro estaba trabajando el barro de la obra que mostraría después totalmente concluida y sin una falla.- Era entonces grande su labor de análisis, lento, sin precipitaciones, reflejo por reflejo. Y no era menor la labor de síntesis que al mismo tiempo iba preparando y que se desarrollaría el jueves ante los ojos de los alumnos en aquel pizarrón giratorio donde Amargós estaba escribiendo desde hacía dos días. Y agregado a esto los carteles y gráficas que el dibujante estaba preparando.

Tomaba asiento frente a los alumnos entre pizarrones y gráficas. A su derecha el pupitre con la fina varita y las hojas clínicas. A su izquierda los enfermos. Parkinsonianos, "*estatuas de cera en marcha*". Ciegos viviendo nocturnos inacabables. Atáxicos con sus taconeos y sus bastones. Hemipléjicos, transportando, adherida a su mitad sana, la mitad muerta de sus cuerpos. Danza con ritmo endiablado de los miembros coréicos. Mirar triste y suplicante de los epilépticos. Llantos copiosos de los viejitos temblorosos y fríos.

Todo un desfile de espectros mutilados que se reunían en el remanso aquel como tablas deshechas. El Maestro cruzaba su pierna, ponía sobre sus rodillas la varita de las demostraciones, corregía la posición de sus lentes y comenzaba su disertación.

En el comienzo de su lección las palabras se sucedían lentamente y en tono de voz tan bajo que los estudiantes que no estaban próximos llevaban su mano al pabellón de la oreja para recoger las palabras que el Profesor decía. Era tan completo el silencio que en su torno el respeto y la admiración provocaban, que resonaban irreverentemente los taconeos en el corredor vecino y en el piso alto. El Maestro estaba haciendo la disección de los síntomas que presentaba el enfermo. Y finamente, sutilmente, con admirable habilidad y certera intuición clínica, se abría paso y avanzaba a través de la compleja maraña de las manifestaciones patológicas. "*Piloto de las nieblas*" se le ha dicho, y lo era en ese momento más que en ninguno, cuando con exacta visión iba esquivando rompientes rumbo a un puerto seguro y calmo. Entrado ya en el tema, llevado por el calor del raciocinio –el Maestro se ponía de pie,- a alta tensión ya su motor cerebral, sus palabras justas, precisas, concertadas, eran dichas con alto tono de voz. Podían ahora discutir a voz en cuello dos paseantes en el corredor vecino. Nadie los oiría. Todos estaban pendientes de lo que el Maestro iba diciendo y las palabras se sucedían unas a otras con esa medida griega, con esa euritmia con que el Maestro sabía concertar sus dos dioses predilectos: la sabiduría y la armonía.

Junto a la cama del enfermo y, no obstante las sugerencias que había en su palabra para todos los investigadores, el Maestro no se apartaba nunca ni por nada de la clínica más estricta y severa. Y era con el cariño a la vieja clínica, a la clínica pura de Trousseau, Dieulafoy y aprendida con Visca, que el Maestro fustigaba esa tendencia suicida para las facultades personales

del médico, tan generalizada hoy día y que consiste en que el médico comienza recién el examen del enfermo cuando ya tiene en su poder análisis de todos sus humores, radiografías de todos sus dolores, biopsias de todos sus tumores. Hacía notar como con este procedimiento, que desecha los valiosos datos de la observación y de la reflexión personal, se produce irremediablemente la atrofia completa de las facultades que se ejercitan con la buena semiología y que por la propia dignidad de la jerarquía médica, si no hubiera otras razones, convenía conservar y desarrollar.

Cuando el Maestro daba término a su clase miraba entonces sonriendo con honda bondad al enfermo, acariciaba sus mejillas con aquellas sus dos palmaditas suaves y la frase suya *"esté tranquilo que Ud. se va a curar pronto"*, ponía en el rostro del enfermo una esperanza nueva que le aferraba a la vida como con un garfio. Cuántas alegrías hemos visto florecer y cuántos globos de esperanzas se inflaron y ascendieron por el sólo influjo de aquellas palabras finales que el enfermo oía de labios del taumaturgo que a su lado había dictado la clase: *"Esta enfermita de la Sala Bienhechores se curará pronto"*. *"Puede estar tranquilo este enfermo de la Sala Visca, pues pronto saldrá de aquí curado"*. **Como lo dijo un día, el médico, aún frente a la más clara de las enfermedades orgánicas, puede ser psicoterapeuta por que en ese caso también se puede por simple influencia nerviosa provocar reacciones favorables o hacer más eficaces los remedios habituales. Y en el peor de los casos por lo menos, se logrará mantener viva la esperanza y mitigar piadosamente las últimas penas del enfermo.**

Y era pasada la una de la tarde cuando por el corredor paralelo a la Sala Visca el Maestro se retiraba. Y tal como se le había visto al entrar, era su paso silencioso y leve, y tan disimulado que daba la impresión que a tener la alfombra mágica de las Mil y una noches se hubiera servido de ella para llegar de un salto desde la Sala a su casa y pasar así sin ser visto y sin ser admirado, huyendo de toda exhibición como si fuera del demonio. Orgullosa podía mostrarse el sembrador de la futura cosecha que había de dar, a no dudarlo, esa buena simiente que acaba de esparcir, y satisfecho podía mostrarse el médico del dolor que había calmado y de los horizontes nuevos que había abierto a las esperanzas del enfermo. Pero el Maestro nunca estuvo ni orgulloso ni satisfecho. Puesto que como lo dijo un día *"lo penoso para mí está en que mi ignorancia no es absoluta y alcanzo a vislumbrar el infinito campo desierto de mis conocimientos; es indispensable ser modesto y reconocer nuestra humildad ante la magnitud de lo que nos falta conocer. Pero no lo hagamos así para declararnos en derrota, sino para obstinarnos y perseverar. Humildad ha de ser simiente de buena fe y de ansias de ascender, pero no de descorazonamiento y de flaqueza"*.

HOMENAJE DE LOS ESTUDIANTES

Muchos fueron los homenajes, sinceros y merecidos, recibidos a su muerte por Ricaldoni. Destacamos un fragmento de las palabras pronunciadas por el Bachiller José Pedro Cardoso en nombre de la Asociación de los Estudiantes de Medicina:²³

La Asociación de los Estudiantes de Medicina quiere despedir al Maestro, al amigo grande y noble, al consejero nuestro, al guía nuestro. Porque todo eso fue él y lo fue por pleno derecho, por la excelcitud de su espíritu y por la indiscutible decisión colectiva de las generaciones de jóvenes que al pasar por la Facultad tuvieron la amplia comprensión de aquella voluntad pujante y realizadora, de aquel idealismo gallardo, que hizo del Maestro el vibrante animador de nuestra Casa, que hoy lo ve partir para siempre y que nos parece en estos momentos agitada por un corazón que late dolorosamente.

La Asociación no ha querido que el Maestro se fuese para siempre sin que los estudiantes le dijésemos otra vez nuestra palabra de hondo afecto, de gratitud, de admiración y de consciente solidaridad espiritual. Quisimos decírselo no ha mucho en un acto que congregase a todas las fuerzas vivas del claustro, cuando él se iba a alejar en busca de la salud que le faltaba ya, quisimos decírsela clamorosamente, quizás alegremente, aún, quisimos decírsela en una unánime, en una rotunda proclamación de sus valores; pero él dolorido, con un dolor que se adivinaba, dolorido pero gallardo siempre, altivo siempre, nos contestó que ya no podía venir con nosotros, que ni siquiera su voz podría decir su gratitud a los que lo rodeasen. Y exhortaba a la juventud a seguir su camino victorioso! Y sabíamos que él se quedaba, sobre todo, con una amargura: la de no poder seguir en aquellas salas del Maciel, siendo el creador de la nueva clínica que un día se confió en sus manos con el asentimiento unánime, con la simpatía reiterada, de las más altas instituciones del país.

Y agregaría el bachiller Bolívar Pereda, en nombre de la Federación de los Estudiantes de Medicina, en el mismo acto, estos conceptos:²⁴

El humanismo del doctor Ricaldoni – en el sentido perfecto con que los hombres del Renacimiento consagraron esa palabra – lo hizo un fervoroso de la cultura clásica y un dinámico animador de las ideas nobles y estéticas. Por eso, junto al investigador paciente y prolijo, surgió, siempre, en los momentos que el trabajo dejara a su ocio helénico, el espíritu inquieto y ágil del artista, que quiere, desesperadamente, concentrar en su propio espíritu, como en una síntesis clara, el alma múltiple y fundamental del universo.

Inquietado angustiosamente por los problemas de todos los misterios, el doctor Ricaldoni fue, además, un fecundo e incansable laborioso, acaso porque creía con Flaubert, que el trabajo es, todavía, el mejor modo de escamotear la vida.

EL HOMENAJE DEL SINDICATO MÉDICO, EN 1929

Al cumplirse el primer aniversario de su muerte, el Sindicato Médico y el Club Médico, tributaron un homenaje, descubriendo un retrato al óleo pintado por Carlos María Herrera. El Prof. Dr. Augusto Turenne dijo en la ocasión:²⁵

²³ CARDOSO, José Pedro: Anales de la Facultad de Medicina, Tomo XIV, No. 7, julio de 1929, pág. 850.

²⁴ PEREDA, Bolívar: Anales de la Facultad de Medicina, Vol. XIV, No. 7, julio de 1929, pág. 852.

²⁵ TURENNE, Augusto: **En el Sindicato Médico y Club Médico del Uruguay: Homenaje en el primer aniversario de la muerte del Maestro.** Anales de la Fac. de Medicina, op. Citada, pág. 943-944.

Nada eleva más el concepto y la autoridad morales de las sociedades humanas como el honrar la memoria de aquellos de sus miembros que al realizar integralmente sus programas de vida incorporan al acervo común preciadas conquistas que dejan una huella luminosa y persistente de su paso por la tierra.

El momento actual no es por cierto impropicio para exteriorizar esos propósitos.

Una inestabilidad social tal vez fecunda pero caracterizada por el ascenso brusco de elementos cuya preparación moral no alcanza siempre el nivel de su perfeccionamiento técnico trae aparejada una inversión de valores, un desconocimiento de méritos y una irrespetuosidad para todo lo que no es contemporáneo –olvidando que el presente es ya pasado apenas lo enunciamos- que toda ocasión será buena si sirve para fijar jalones y aquilatar personalidades.

Ricaldoni –prematuramente para la Ciencia médica nacional que tanto le debe- ha ido a reunirse con el grupo de médicos eminentes que esperan aún la expresión de la gratitud ciudadana, tan pródiga de honores para personajes secundarios cuando saben morir a tiempo con la promesa de lo que hubieron podido hacer!

Con Ricaldoni no corremos ese riesgo!

Su vida fue lo suficientemente larga para que su obra madurase y su personalidad cumpliera las promesas que desde su paso por las aulas lo señalaban como Maestro del futuro.

De su vida y de su obra nos hablará uno de sus discípulos predilectos que acaba de ofrecerle el más cumplido de los homenajes declinando el peligroso honor de sucederle en el Instituto de Neurología.

Pero lo que puedo y debo decir bien alto en nombre de nuestras Asociaciones que reúnen bajo sus enseñanzas a la casi totalidad del cuerpo médico nacional, es que Ricaldoni fue una lección viviente y perdurable de sana Deontología y por ello –y aunque su obra científica no hubiera sido lo que fuere merecería el respeto y la veneración de sus colegas.

En esa ocasión, el Dr. Carlos Brito Foresti ²⁶, manifestaba, refiriéndose al ejercicio profesional del Maestro:

Adversa le fue la suerte durante los primeros años en el ejercicio de la profesión. Instaló su primer consultorio, lejos de la ciudad, allí donde estuvo instalada hasta hace poco tiempo la Escuela de Nurses, ocupado el local actualmente por el Instituto de Radiología. Se suceden los traslados en dirección al centro sin mayor resultado. El país ignoraba la existencia en su seno de un talento y virtud médicas que muy luego habían de brillar. Sus discípulos, concedores de su vasta erudición y convencidos de su gran ilustración médica fueron los primeros en solicitar su asistencia médica, sea para sí mismos o para miembros de su familia y tratando que las amistades o relaciones fueran atendidas por el eminente médico. “Que lo vea Ricaldoni” era la frase usual. Así comenzó a ser conocido el clínico ya indiscutido, que diariamente, en terreno cada vez más firme adquiría sólida reputación entre los enfermos y sus colegas.

Abriéndose paso, iba entrando triunfante en la ciudad. El doctor Scosería le dijo: “va conquistando el centro”. La conquista la realizó rápidamente, pues la sociedad comprendió al fin que podía depositar ciegamente su salvación en manos de uno de sus más ilustres médicos.

²⁶ BRITO FORESTI, Carlos: Conferencia leída en el Club y Sindicato Médicos el día 6 de julio de 1929. Anales de la Fac. de Medicina, op. Citada, págs. 945-959.

EL PERFIL DE UN HOMBRE CULTO

El fallecimiento del Dr. Américo Ricaldoni produjo en el país y en el mundo múltiples manifestaciones, de pesar y congoja, pero también de señalamiento de sus méritos científicos y humanistas reconocidos. Numerosas instituciones del país, de América y de Europa, del ámbito parlamentario, periodístico y científico, reseñaron la significación de su talento y su obra.

La primera mujer médica que formó parte de su Instituto, diría un año luego de su muerte:²⁷

Rompió los rancios prejuicios del siglo XIX, buscando armonizar el espíritu de la juventud hacia una nueva organización, donde la ciencia y el arte se hermanen, para desentrañar la verdad con belleza.

Maestro por vocación, y, “dulce soñador”, como lo fuera su padre, comprendió la fecunda plasticidad del espíritu de la juventud.

Maestro de alma, no temió las rebeldías, ni conoció los desfallecimientos del fracaso.

Honrado en su sabiduría, honrado en su bondad, fue discípulo, y en sus maestros dejó ese concepto; fue maestro, y a sus discípulos comunicó esa modalidad; fue Decano y en la Facultad de Medicina impuso esas normas; fue médico, y en sus enfermos despertó ese convencimiento; fue Director en el Instituto de Neurología, y en los momentos en que iba viviendo los instantes tremendos de su gran tragedia, mientras los humanos nos entregábamos a la desesperación angustiosa de nuestro incontenible dolor, él redactaba con una serenidad que estremecía, los Anales de su Instituto, como un acta soberana, ímpoluta, ímperecedera, que sellaba gloriosa y dolorosamente a su vida magnífica de sabio y honrado.

Destacamos el comentario publicado por el diario “EL DIARIO” el día siguiente,²⁸ que menciona –sin duda a través de algún comentarista estrechamente vinculado al Maestro- algunos de sus más destacados relieves culturales:

A su vida de médico, de profesor y de investigador, hay que agregar su vida de hombre, toda firmeza y toda hidalguía.

Dentro de un físico algo enclenque, dentro de una persona normalmente suave que dedicaba sus pocos ratos de ocio para ponerse en contacto con los clásicos griegos o latinos – a los cuales conocía hasta en sus menores detalles – o deleitarse oyendo las composiciones de Mozart, de Beethoven o de Wagner, se encerraba un espíritu recio, incapaz de claudicaciones y donde el “valor hombre”, ese del que nos habla Pérez de Ayala, se encontraba en grado superlativo.

²⁷ MOLINARI CALLEROS, Nylia: publicación en “Imparcial” del 6 de julio de 1929. En Anales de la Facultad de Medicina, Tomo XIV, No. 7, julio de 1929, pág. 961.

²⁸ EL DIARIO, 7 de julio de 1928 – **El doctor Américo Ricaldoni – El eminente clínico que acaba de fallecer.** En Anales de la Facultad de Medicina. op. Citada. pág. 777-779

Y así fue intachable en su vida civil; y en los puestos directrices que ocupó, no vaciló en llevar a cabo una idea, cuando la creyó justa, a pesar de la oposición vehemente de sus más queridos amigos, los cuales llegaron en una época a distanciarse de él casi en absoluto, para más tarde, procediendo con altura digna de verdaderos caballeros, reconocer sus errores o por lo menos declarar que los motivos de divergencia ni eran tan graves como para pronunciar palabras irreparables, ni capaces tampoco de romper los vínculos sagrados de la amistad.

Y así fue como Ricaldoni decano – frente a casi todos los de su época – dio a la Facultad de Medicina los cursos libres, en la parte teórica, hoy unánimemente aceptados en ese instituto docente después de diez años de experiencia.

Amante así de lo bello el Consejo aprobó su proyecto sobre "*Decoración de los edificios de la Facultad*" tendiente al mismo fin educativo. Decía entre otras cosas en su informe:

"La Facultad de Medicina, podría objetarse, no tiene por objeto enseñar arte, moral o literatura, sino medicina. Y bien, sí, no tiene ese objeto expreso, pero - aún prescindiendo de que la medicina no es sólo la estricta medicina, sino también todo lo que la inteligencia humana abarca - eso mismo que se pretende excede su objeto, muy lejos de perjudicarla, la mejora."

"Siendo ello así, y pudiendo obtenerse ese resultado fácilmente, sin que se entorpezca la enseñanza principal, no se ve qué motivos serios habría para repudiar la extensión de la cultura que he preconizado dentro de la Facultad".²⁹

Como Vilardebó, como Visca y como Soca, Ricaldoni marca una época dentro de la historia de la medicina uruguaya, y si su cuerpo, vencido hoy por un mal que tantas veces él quiso curar en los otros, desaparece para siempre, acrecientase, en cambio, su nombre para el futuro de la ciencia médica nacional.

LA PROYECCIÓN DE SU INSTITUTO DE NEUROLOGÍA

Recordar al Maestro, a través de la visión de sus contemporáneos, nos hace sentir orgullosos de esa trayectoria, vista 75 años después, con la revolución de conocimientos y herramientas que la ciencia aportó para el desarrollo de la Neurología y la Medicina.

²⁹ BRITO FORESTI, Carlos: Anales de la Facultad de Medicina, Tomo XIV, No. 7, julio de 1929, pág. 956.

El Instituto de Neurología, fundado por Ricaldoni, fue, desde su inicio, un permanente semillero de talentos. A través de las generaciones, ha dado numerosos y calificados médicos, con gran sentido clínico y humano, que destacaron en las más diversas ramas de esa disciplina, que tanto ha crecido y se ha transformado. Su calidad formativa ha permitido que se formaran en él destacados neurólogos y neurocirujanos de América Latina.³⁰ Su liderazgo en la conducción de líneas sólidas de investigación clínica fue de primer nivel durante décadas. De igual manera lo fue su aporte al conocimiento, mediante el mantenimiento de la dirección y redacción del **Acta Neurológica Latinoamericana**, que dio continuidad a los Anales del Instituto iniciados por el Maestro.

Lorenzo Mérola (1880-1935) fue el primero en hacer Neurocirugía en el país, pues el Profesor Américo Ricaldoni, desde 1927, le invitaba a operar sus pacientes.^{31, 32} Cuando la Neurocirugía se hizo posible, en forma generalizada, fue de su ámbito que surgieron las figuras de Alejandro Schroeder primero, de Román Arana, Jorge San Julián, Bernardo Borovich y Eduardo Wilson después, que harían viables grandes realizaciones.³³

Las afecciones cerebrovasculares, tendrían sus máximos exponentes en José B. Gomensoro, Juan Antonio De Boni y Valentina Maslenikova, generando trabajos y aportes de trascendencia mundial.

Carlos Mendilaharsu y Sélika Acevedo, pasarían al repertorio mundial, como los iniciadores en América Latina del estudio de las afasias y todas las afecciones del lenguaje, que hoy se conocen como Neuropsicología. Su obra fue continuada por Fernando Dalmás y luego por Jorge Lorenzo Otero.

Raúl Rodríguez Barrios y María Delia Bottinelli habrían de realizar aportes significativos a la Neuroftalmología.

Constancio E. Castells y Judith Gerstle de Pasquet destacarían por sus aportes en el manejo de la epilepsia, y el primero en el estudio del líquido céfalo-raquídeo.

³⁰ Basta citar a los Dres. Rolando Costa Arduz, en Bolivia, quien fuera Rector de la Universidad Nacional de San Andrés, en La Paz, Bolivia, en 1970; Silvio Codas Gorostiaga, en Asunción, Paraguay; el Dr. Antoniuk en Sao Paulo, Brasil.

³¹ DE CHIARA, Juan Carlos: LORENZO MÉROLA, en Médicos Uruguayos Ejemplares, Tomo I, 1987, pág. 127.

³² Pedro Benedek aplicó y publicó en 1981 en nuestro medio, una técnica de Mérola, publicada en 1928, sobre “Abordaje del cuarto ventrículo, pedúnculos y epífnis”, describiendo el “Abordaje transtentorial de la glándula pineal”, en Cirugía del Uruguay, Vol 51: 301-315, 1981. Citado en DE CHIARA, Juan Carlos: Lorenzo Mérola, op. Citada.

³³ Los neurocirujanos pioneros en el interior del país, como Franco Gómez Gotuzzo, en Artigas, y Washington Lanterna en Paysandú. Actualmente los residentes de Neurocirugía formándose en el Hospital de Tacuarembó, y la realización de actividades quirúrgicas en varias ciudades del país por integrantes del equipo del Instituto.

Kempis Vidal Beretervide, que a su condición de neurólogo sumó la de farmacólogo, sintetizó y estudió los aspectos clínicos y farmacológicos de la succinilcolina.³⁴

Néstor Azambuja y Lía Zeiter de Carlevaro desarrollaron la Neuroradiología en el Uruguay, con aportes de significación mundial.

En Electroencefalografía, Elio García Austt, Bartolomé Fuster y Jaime Bogacz hicieron sus aportes. Y en Electrofisiología, Héctor Defféminis Rospide, Euclides Silva Gaudin y Alejandro Bianchi Saus desarrollaron técnicas que fueron aplicadas y desarrolladas en el Instituto primero, y extendidas al ámbito nacional más tarde.

María Antonieta Rebollo, seguida luego por Raúl Ruggia, destacarían en la Neuropediatría.

Decía el Bachiller Carlos María Fosalba, quien luego formaría años después entre los integrantes del Instituto de Neurología, estas palabras en el homenaje tributado al año de la muerte de Ricaldoni:³⁵

Por eso no recordemos a Ricaldoni con dolor; no será la angustia la compañera de su imagen; él cumplió su etapa en la vida con la generosidad amplia de un predestinado; tócanos a nosotros mantener viva la llama del recuerdo; pero imitando a Darío, en su actitud frente al sepulcro de Verlaine, la juventud debe decir ante los restos de Ricaldoni: No lloraremos ante tu tumba, pero el recuerdo perenne de tu vida será para nosotros un ejemplo, una enseñanza, una lección de amor y humanidad.

Cuando su vida se apagó, en su residencia de Lucas Obes, al caer la tarde, en el invierno de 1928, nada mejor que recordar el mensaje de uno de sus informes al Rector, que apuntaba al futuro de grandeza que aspiraba para nuestra Facultad:³⁶

"No he soñado, he visto. Y después de ver, creo.- Creo en los viejos maestros de nuestra Facultad, entregados a su ciencia con la más abnegada y ejemplar dedicación; creo en la juventud admirable que marcha hacia las Cátedras, resuelta, con soberbia fe, a ocuparlas con honor, y creo en la juventud, llena de talento, que se agita en nuestras aulas. Creo en la influencia cada vez

³⁴ MAÑÉ GARZÓN, Fernando y MAZZELLA, Héctor: Historia de la Fisiología en el Uruguay, Montevideo, 2000, pág. 253.

³⁵ FOSALBA, Carlos María: Anales de la Facultad de Medicina, Tomo XIV, No. 7, julio de 1929, pág. 942.

³⁶ BRITO FORESTI, Carlos: Anales de la Facultad de Medicina, Tomo XIV, No. 7, julio de 1929, pág. 957.

mayor y más perfeccionadora del ambiente. Creo en la futura grandeza de nuestra Facultad.”

Señalaba el Dr. Wilson, refiriéndose al Profesor Arana: ³⁷

“Pasaba a ser el tercer director titular del Instituto de Neurología, sucediendo al fundador y creador Américo Ricaldoni, de muy corta actuación, de 1927 a 1928, y a Alejandro Schroeder, director desde 1937 a 1954, verdadero segundo fundador, con quien se había iniciado Arana en la neurocirugía. Recibía un instituto creado treinta años antes, que fuera el primero en América Latina y uno de los primeros en el mundo, que a lo largo de su vida, a pesar de un largo período sin dirección y amenazado de desaparición presupuestal, había sobrevivido manteniendo la misma avanzada estructura elaborada por Ricaldoni y consolidada por Schroeder. Honrando a sus antecesores, Arana fue llevando el instituto a un sitio privilegiado, admirado en todo el mundo, que supo ser lugar de formación de especialistas de toda América.”

EL INSTITUTO DE NEUROLOGÍA DE HOY

Bajo la dirección del Prof. Dr. Carlos Chouza, el Instituto continúa la senda trazada por el Maestro, adaptada a las circunstancias de esta época, a las posibilidades diagnósticas que la tecnología ofrece, y a las múltiples modalidades de patología emergente. ³⁸ Retomando una visión de futuro que ya le había impreso el Prof. Dr. Román Arana Iñíguez, en su tiempo, se han desarrollado las **secciones especializadas**, en un paralelismo con los Comités de Investigación de la Federación Mundial de Neurología, en cuya dirección han tenido presencia destacada neurólogos uruguayos. De esta forma se han desarrollado las siguientes áreas de investigación, asistencial y terapéutica: **enfermedades cerebrovasculares, epilepsia, enfermedades desmielinizantes, enfermedades neuromusculares, demencias, neuroinfectología, afecciones extrapiramidales, cefaleas, trastornos neurovegetativos, neuro-otología, neuro-oftalmología, medicina del sueño, neurotoxicología y neurofarmacología.** Y todo hace presumir que el futuro le alcanzará en este permanente crecimiento y desarrollo, contribuyendo al conocimiento universal.

³⁷ WILSON, Eduardo: ROMÁN ARANA IÑÍGUEZ, en Médicos Uruguayos Ejemplares, Tomo I, pág. 211, 1987

³⁸ CHOUZA, Carlos: Pautas de Tratamiento en Neurología. Instituto de Neurología “Prof. Américo Ricaldoni”, julio 2002.

Hasta hoy el Instituto mantiene el impulso que legó el Maestro, el amor por el avance científico conjugado con una mística fundada en el humanismo: ciencia y conciencia.

Por eso, merece Ricardoni, que se le rindan tributos y homenajes, por ser el constructor de una Escuela Médica basada en la excelencia y defensor de los valores permanentes, científicos y éticos de la profesión.